



El miedo a los bárbaros

Tzvetan Todorov. Trad. de Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg. 2008. 312 páginas, 19 euros

- (23/01/2009)

-



Los primeros críticos de las connotaciones peyorativas del término “bárbaro”, como recuerda Todorov en el arranque de este importante libro, fueron sus propios creadores, los griegos. Ya en el siglo III a. C., Eratóstenes desaprobuó, según Estrabón, “el principio de la división bipartita del género humano entre griegos y bárbaros”, declarando preferible “tomar como criterios de división la virtud y la indecencia”. Matizando significativamente este legado, Todorov deja enseguida claro el principio que vertebraba su largo -y vibrante- alegato: “Mi concepto de barbarie es legítimo y debemos poder recurrir a él para designar los actos y las actitudes de aquellos que, en cualquier época y lugar, dejan en cierta medida a los demás fuera de la humanidad, los juzgan radicalmente diferentes de sí o los infligen un trato inconveniente. Tratar a los demás como no humanos, como monstruos y como salvajes es una de las formas de esta barbarie. Una forma diferente lo es la discriminación institucional de los otros”.

Como puede verse, Todorov rescata como uso legítimo del término el que tiende a su aplicación no precisamente a quienes son diferentes, hablan otra lengua o tienen otros hábitos, sino a quienes se distinguen por su crueldad y su inhumanidad, a quienes quedan por debajo de la “línea de sombra” y practican sistemáticamente la violencia y la crueldad. Lo que anima a nuestro autor a dejar sentado que la política que desde el supuesto de que “todo” le está permitido cede a la tentación de la fuerza, del abuso y de la destrucción “destruye el mundo occidental desde dentro, por-

que para defender los valores democráticos que tanto queremos nos vemos abocados a renunciar a ellos”.

Frente a quienes por una u otra razón consideran que la barbarie reside sólo en la mirada del observador ingenuo, Todorov no duda, pues, en afirmar que “la barbarie existe por sí misma”. Y no sólo eso, sino que es “resultado de un rasgo del ser humano que parece ilusorio esperar que algún día llegue a erradicarse”. Que la pulsión bárbara sea eso, bárbara, no quiere decir, por tanto, que no forme parte de lo humano. En nosotros habitan, en efecto, como dejó sentado Kant, ambos principios, el de lo bueno y el de lo malo. Lo que no queda muy lejos del dicho rousseauiano según el cual “el bien y el mal manan de la misma fuente”. Contraria, pero complementaria- mente sería civilizado quien en todo momento “fuera capaz de reconocer en toda su plenitud la humanidad de los otros” y de realizar “actos de civilización”, tales como, “hacer entender a los semejantes una identidad extranjera, tanto individual como colectiva, ampliando así el círculo de la Humanidad”.

Todorov eleva, pues, la Humanidad a la condición de garante, soporte e incluso fuente de la universalidad, a la que se accedería, como sugiere citando a Goethe, cuando se descubren “ideales comunes” con los demás miembros de la especie. Si a esto se añade la confianza, más o menos kantiana, en la existencia de un “pensamiento amplio” capaz de ayudarnos a escapar de las deformaciones egocéntricas o etnocéntricas, el

camino resolutorio de los conflictos que surcan el desgarrado mundo en el que nos ha tocado vivir parece claro: el “intercambio constructivo”. O, si se prefiere, el diálogo, un diálogo eficaz entre los individuos, entre los pueblos, entre las religiones, las civilizaciones y las culturas, entre los ideales de unidad y la pluralidad real, entre las identidades e incluso entre los diferentes elementos que componen toda identidad. Un diálogo, en fin, que más allá de todo maniqueísmo reconozca, por un lado, “que las voces implicadas en el intercambio son diferentes”, renunciando a considerar que “una de ellas constituye la norma, mientras que la otra se explica como desviación, o retraso, o mala fe”.

Pero, ¿cómo dialogar sin unos supuestos mínimos comunes? Y ésta es la función que Todorov, heredero de la mejor Ilustración, pero consciente del carácter pluricultural de toda sociedad, asigna a la universalidad de lo humano. Nadie negará el valor de esta idea regulativa. Sólo que la coexistencia entre unos valores universales y la existencia de diferentes culturas o civilizaciones, algunos de cuyos rasgos más inquietantes han ido siendo acentuados por determinadas consecuencias del tipo de globalización que se ha impuesto, no es tan fácil ni tan obvia como parece. Hasta el momento esos “valores universales” están, según parece, limitados de los “derechos humanos”, sólo reconocidos, como se recordará, en fecha muy reciente. Y cuya naturaleza y fundamentación siguen sometidas a intensos debates. Habrá, pues, que seguir reflexionando sobre la universalidad. A conciencia, tal vez, de que no es un punto de partida sino, a lo sumo, un (deseable) punto de llegada.
